

EL DERROTERO DE WARANJODatos sobre el descubridor(Especial para El Mercurio)

No habrán olvidado nuestros lectores las curiosas incidencias a que el supuesto hallazgo del "Derrotero de Waranjo" dio origen en esta ciudad, en las cuales participaron no solamente algunos crédulos vecinos, sino también algunas autoridades.

Don Manuel Camilo Garland, que en la Biblioteca Nacional de Santiago desempeña con todo lucimiento uno de los cargos en la "sección chilena", impuesto de aquellas incidencias, ha tenido a bien proporcionarnos los siguientes datos sobre el famoso derrotero, trabajo que el señor Garland, como nadie mejor, ha podido preparar con aquella su reconocida competencia.

Dice así el señor Garland:

"Como siempre, y de una manera constante, ha corrido no sólo en la ciudad de Antofagasta, sino también entre los mineros de las regiones del norte, la tradición del derrotero Waranjo, el que dio origen a prolijas exploraciones en el Desierto de Atacama, y principalmente en los entonces desolados páramos de lo que hoy es la provincia de Antofagasta, creemos oportuno trasladar lo que de aquel personaje dice el más antiguo de sus biógrafos, Manuel Concha.

"El año 1806 - dice en la Crónica de La Serena, publicada en 1871 - don Nicolás Waranjo determinó construir un buque con el objeto de destinarlo al comercio del "congrio seco", que se pescaba en abundancia y se vendía a bajo precio en la costa de Atacama, para conducirlo a los puertos del norte, empresa que creyó lucrativa, como en efecto lo era en aquel entonces. Además, pensó traer de retorno artículos peculiares del Perú, obteniendo en la venta de estos otra no insuficiente utilidad.

que detenían las rabiosas embestidas del desierto, que solo a unos cuantos pasos de allí, parecía esperar con sus ijares en ristre, para destruirlo todo.

Y se sentían las aguas del Loa. Y hasta los oídos de los dos hombres parecían distendirse. Estaban a solo pocas horas del cautiverio. Era siniestra la pasadilla. Los había hermanado el mismo delito: robo y asalto. Como era natural, formaron en la cárcel la clásica "carreta" y seguían metidos en el tubo oscuro de la celda, donde, al final, había solamente una palabra escrita en todas formas: ¡huir! ¡huir!... Y esa palabra había tomaba mil arabescos distintos. En el día era, de repente, una risa que les hacía brillar la cara. Se miraban, y sin hablar, uno o el otro sabía en que pensaban. En la noche eran símbolos: Una escalera muy alta y ellos subiendo. O muchos soles juntos. O pájaros. Miríadas de pájaros cruzando el cielo.

Y ahora todo era verdad. La escalera. Ese sol y los pájaros que volaban tan libres como ellos. Pero había que huir. Seguir huyendo. Seguir. No les interesaba el cansancio. En otra oportunidad sí. Pero tanto tiempo que no caminaban de esa forma. Eran trancos lentos, reposados. Como sorbiendo con los viejos calamorros la tierra libre. O, de repente, era un compás en rápido, apresurado, de fuga. Era que tenían miedo. Sabían que los buscaban. Que venían ya tras de ellos. Y sus temores se repetían en sus pasos. Así caminaron mucho. Mucho. Oscureció. De pronto aparecieron algunas luces. Una risa de satisfacción les tomó la cara. Y apuraron el paso.

-- Es Caspana. ¿No vis las casas?

-- Es buena gente; pero no les digamos ná, mejor.

Desde este punto, con igual dificultad, se condujo a la playa de donde se botó al mar.

En seguida, a remo, arribó al puerto, lugar en el cual se bendijo, con asistencia de numerosas personas, celebrando tan notable acontecimiento con una abundante y sazónada comida, en la que no faltó ni el espumoso chocolate, ni el agradable mate de leche.

Por fin don Nicolás Naranjo se hizo a la vela con dirección al puerto viejo de San Francisco de la Selva, hoy Copiapó (Caldera).

A poco de haber llegado a aquel puerto, vendió el buque, sin duda a un buen precio, con la esperanza de comprar otro, si no mejor, al menos de mayores dimensiones.

Durante su permanencia en el distrito de Atacama, le fue necesario emprender varios viajes por la costa y al interior. En uno de ellos se encontró con un indio sumamente extenuado por una larga enfermedad; le administró algunos medicamentos con los cuales el indio se restableció por completo de las dolencias que le habían tenido postrado largo tiempo. En recompensa a tan señalado servicio, lo condujo a un punto donde sabía que existía una riquísima mina de oro.

Naranjo, al verse poseedor de tan inmensa fortuna, abandonó su primitiva negociación de congrio seco, por creerla, a pesar de los pingües resultados que de ella se prometía, empresa sobrado mezquina, ante la seductora perspectiva que se le presentaba.

En consecuencia, regresó a La Serena en una pequeña embarcación que estaba fondeada en el puerto de Copiapó, sin duda con el mismo objeto a que había conducido la suya Naranjo.

Este buque pertenecía a don Santiago Irarrázabal, Marqués de la Fica.

Trajo consigo un bolsón de piedras que beneficiadas dieron por resultado diez libras de oro.